

"AL OTRO LADO DEL PUERTO"

Por Félix Barco Terreros

Recuerdo perfectamente el trayecto por aquella estrecha carretera de montaña y el nervioso hormigueo dentro de mi estómago. Mi primer destino tras fin de carrera y oposición estaba lejos de casa, en el norte húmedo, boscoso y cercano a la costa.

Una vez coronado aquel paso que hacía de frontera geográfica y cultural, el paisaje, en un atardecer claro de finales de verano era deslumbrante para alguien que apenas había salido de la capital asomándose ocasionalmente al Mediterráneo. Un escenario interminable de laderas pronunciadas, que se repetían valle tras valle, una gama de verdes infinita, salpicado de pequeñas aldeas que ocasionalmente podías adivinar medio ocultas entre los árboles, hayas, nogales, castaños, tejos, cerezos. No recordaba de mis estudios la descripción de la Cordillera Cantábrica, pero tampoco creo que nada escrito pudiera detallar ni aproximarse al paisaje que pasaba ante mis ojos.

La ilusión y la emoción eran tan fuertes como el temor por la inexperiencia y las dudas ante el desafío que suponía ser maestra, mujer y en un entorno, rural, agreste y con un carácter tan carismático y mítico. Tierra de mineros.

Mi pasar ahora por aquí, tantos años después, es por un motivo tan distinto...tenía sensaciones encontradas, feliz por verme nuevamente allí y triste por todos los recuerdos, que de repente

aparecían como fotografías borrosas y fugaces, sin orden aparente. Todo lo que me había rodeado en esos años, me convirtió en lo que soy, pero sobre todo fueron ellos y ellas, las personas que envolvieron mi vida, las que la llenaron por completo, descubriéndome el mundo de una forma que en otro lugar nunca hubiera sido posible.

Adelina fue la primera en aparecer, y la razón de este viaje después de tanto tiempo.

Llegué a su casa siguiendo los consejos de la delegada de Educación, que conoció a mis dos predecesores, que ya se habían hospedado allí. No era una pensión ni hostel, sencillamente habían acogido al primer maestro que no pudo alojarse en la vivienda de la escuela, porque aquel año, un fuerte temporal había desmantelado parte de la cubierta del edificio, y con un sencillo y buen acuerdo económico para ambas partes, aquel socorro temporal, se convirtió en el hogar y refugio de la enseñanza.

Adelina era entonces una mujer joven que no alcanzaba la cuarentena, más bien delgada, ojos de un azul claro brillante, cabello de un rubio dorado, estatura media y aspecto engañosamente frágil, sus rasgos me hacían pensar en un lejano origen Celta. Nacida y crecida en la costa, había llegado hasta allí, cautivada y enamorada por y de Antón, minero, un hombre fuerte en todos los sentidos, honesto, y quizá excesivo expresando sus sentimientos, con los defectos y virtudes de un apasionado y lúcido defensor de causas casi siempre perdidas. Habían tenido un hijo, al que se le puso de nombre Nicolás, (supongo que imposición de Antón), en recuerdo de los compañeros que perdieron la vida en un trágico accidente en otra mina de la región y en una explotación conocida con el nombre Pozo Nicolasa.

Adelina, parecía feliz, cocinaba guisos tradicionales de la zona y exquisitos a pesar de su sencillez, donde no solían faltar verduras y productos de matanza. Se ocupaba de una pequeña "familia" de

animales domésticos, conejos, cerdos y gallinas y una huerta que atendían más padre e hijo que ella, aunque estos solían pasar gran parte de su tiempo libre en el monte o el río, ocio que servía también para engrosar despensa o congelador.

Nicolás, a sus trece años, era un volcán de energía que su madre trataba de canalizar y al que su padre inconscientemente añadía combustible. Y él cegado, por el amor y admiración a su progenitor, apenas escuchaba los consejos y lecciones de la madre. Aunque esa situación de aparente desorden educacional, quedaba salvada por el respeto y sumisión que Antón, orgulloso y combatiente hasta la muerte, tenía sin vergüenza alguna hacia Adelina, gesto que el cachorro, imitaba a la perfección, aunque a veces con gemidos de rabia.

A mitad de aquel curso y en una sobremesa invernal, ausentes en su ocio padre e hijo, tuvimos las dos una larga conversación, tras la que se firmó el acuerdo, por el que yo pasaría allí el verano sin coste alguno, a cambio de dedicar todas y cada una de las mañanas de la semana (excepto sábados y festivos) a reforzar los estudios de Nicolás y tratar de inculcarle al amor y la pasión por la lectura. Aquel pacto, acuerdo, nos hizo acercarnos más, y las sobremesas a solas se hicieron costumbre, conversaciones en las que fuimos destapando y mostrando nuestras debilidades, poderes y temores.

Y allí sentadas en la cocina, bajo la suave y olorosa lluvia de una tarde de primavera con las ventanas abiertas de par en par, Adelina me hablo de su nostalgia y su sueño. Ella, que había nacido en la costa, hija de pescadores que hacían la Costera del Bonito, y habiendo navegado con ellos en más de una ocasión, echaba de menos el mar, decía que alguna noche de tormenta se despertaba y escuchaba las olas contra los acantilados o rompiendo contra el espigón, que soñaba con volver a caminar sobre la arena en la playa o ayudando a cargar en el carro aquellos peces de plata entre los que de vez en cuando saltaba alguno aún con vida.

Aquel recuerdo, permanecía arraigado con tal fuerza en su memoria, que cuando lo contaba, aquellos ojos se iluminaban tratando de contagiarte y arrastrarte, sentías cómo trataba de salir volando buscando entre los valles, la brisa que acarició su rostro salpicado de salitre y olor a yodo proveniente de una costa abrupta, hermosa y tantas veces peligrosa.

Pero aquellos sueños y jirones de nostalgia con otras confesiones y deseos, suyos o míos, quedaban entre las dos guardados como secretos de infancia, mientras la vida transcurría día a día entre horas de escuela y de cocina, el sonido de los camiones o autobuses camino o de regreso de la mina, el eco del mugir de las vacas, los disparos lejanos en días de caza, o el aislado de un rifle furtivo más bien cercano.

Se me hicieron largos algunos inviernos, oscuros, con días de nieve, más de uno incomunicados, pasé momentos difíciles, con añoranza de calles iluminadas, cines, bullicio, amigos y amigas. En muchos momentos me sentí acosada, asediada por miradas o comentarios que en ocasiones desbordaban el más absoluto y salvaje machismo. En aquel idílico paisaje hacían falta aún muchas cosas por llegar, además de buenas comunicaciones y sanidad, más cultura y educación, mucha más.

¡Ah!... la lluvia. Adoro la lluvia....., verla, escucharla, sentirla. La sangre de la naturaleza que transparente, fresca y nerviosa corre por los prados, que barniza los bosques y las losas de piedra o pizarra de los tejados, me llena de vida, me da energía. Y aquí pueden pasar días, semanas, lloviendo día y noche y cuando se detiene, ya sea por horas o también por días o semanas, compruebas que todo se ha transformado, el aire, el aroma, los colores, todo es nuevo y por estrenar.

Fue un duro trabajo conseguir que en Nicolás se despertara el interés por los estudios y la lectura, solo un continuo, arduo y

negociado intercambio de concesiones y exigencias consiguió el milagro sobre aquel atolondrado enamorado de la naturaleza, que solo quería tiempo para perderse en el valle, entre los árboles, buscar rastros de jabalíes, corzos, localizar nidos o pasar horas por el río con la vieja y heredada caña de pescar de su padre.

Si aquellos primeros momentos podían parecer un relato del romanticismo, cuyo guion hubiera sido escrito por un soñador melancólico, cualquier vida, la vida de cualquiera, sufre en un instante inesperado un brusco, a veces muy violento giro que derrumba todo lo construido, dejando en el aire y en el tiempo, el vacío producido por una súbita, desconcertante y fuerte explosión.

Era media mañana, acababa de escribir en la pizarra en letra grande y clara el tema de la redacción. En medio folio y media hora, debían desarrollarlo y se lo exponía, mientras mi mirada se perdía tras la ventana fijándose en un todoterreno que serpenteaba por la carretera que ascendía al extremo opuesto del valle en dirección a la mina.

No habían pasado ni cinco minutos cuando apareció otro automóvil más rápido y en la misma dirección y tras este a escasos segundos una ambulancia de Cruz Roja seguida por otro vehículo de la Guardia Civil y otros dos automóviles más. Eso y aquí sólo puede tener un significado y no otro, tragedia en la mina.

Adelina escuchó el ruido del coche que se detuvo ante su casa, de sobra conocía el sonido del coche de Nazario, el mejor amigo y compañero de Antón. Sintió de repente como si toda la sangre de su cuerpo se congelara y no la permitiera moverse ni pensar y sonando como un disparo imprevisto, en un grito desgarrador llamó a su hijo; ¡¡Nicolás!! y madre e hijo, sin mediar palabra se abrazaron con fuerza, sin mirarse..., en silencio.

Nazario tardó una eternidad en bajar del coche, apenas era capaz, caminó despacio y con dificultad, como si fuera a desplomarse

en cualquier momento, se detuvo ante la puerta de la casa y aun sabiendo que siempre estaba abierta durante el día, tras dudar unos segundos se detuvo en el umbral y llamó con dos golpes suaves sobre la madera, con una suavidad impropia de unas manos grandes y fuertes, con las uñas ennegrecidas de carbón, unas manos que manejaban con fuerza y destreza el hacha, los postes, o el martillo en el pozo, unas manos ahora rotas y debilitadas por el dolor y las lágrimas. Aquella llamada en la puerta no fue respondida, sólo silencio, mientras madre e hijo permanecían dentro de la casa, de pie, abrazados con fuerza, hasta que Nazario, aquel picador con más de 100kg.de peso, 1,85 de estatura, escasos 40 años y más de 20 en la mina, bajó la cabeza, se dio la vuelta lentamente y se marchó.

Con el fin de curso terminó mi estancia allí, el tiempo suficiente para ver nacer a Martín, el segundo hijo de Adelina, cuyo embarazo se había gestado apenas dos meses antes de la muerte de Antón y del que este no llegó a saber. Aquel niño que llegó al mundo entre angustia y tristeza, se acabó convirtiendo en un impulso revitalizador para ella y para Nicolás, que al año siguiente abandonaron la aldea para instalarse en la costa, regresando a sus orígenes y a la vieja casa que cerca del puerto reformó y renovó su familia para ellos.

Descendí por la tortuosa carretera en dirección a la costa, sintiendo cómo todos esos recuerdos en imágenes fugaces y multicolores, hacían que mi corazón golpease con fuerza, tratando de salir de mi cuerpo en cada impulso.

Vine tras la llamada de Nicolás, a verla y despedirme. Esa delicada y valiente mujer se estaba muriendo, pero viéndola no podía creerlo ni aceptarlo. Sentada junto a Nicolás en el puerto, en el muro opuesto al faro, resguardada del fresco y suave viento del noroeste, mantenía el brillo de sus hermosos ojos azulados. El pelo recogido había perdido gran parte del suave baño de oro, ahora blanqueado, su figura delgada se mantenía erguida, aunque sus manos

temblorosas mostraban las dignas arrugas que generan el tiempo y el trabajo.

Su abrazo interminable, pudiendo notar sus latidos y sus besos sobre mi rostro, hicieron que me sintiera querida y afortunada.

Estaba tranquila, hablaba pausadamente, como tratando de asegurarse de que yo entendía todo aquello que me iba contando, con un rico vocabulario que yo no recordaba. Y cogidas del brazo y con el atardecer enrojecido sobre la línea del horizonte en el mar, fuimos caminando despacio hacia su casa. Nicolás ya convertido en un hombre moreno atractivo y discreto, de ademanes y gestos heredados de su padre, caminaba dos pasos tras nosotras. Se había convertido en armador y patrón, con los ahorros, la ayuda de la familia, un crédito y muchas horas en la mar. Y ese esfuerzo diario había servido para que Martín, que creció bajo la tutela de un padre/hermano, ahora estuviera finalizando estudios superiores lejos de allí.

La casa estaba en la zona alta de la villa, con un pequeño jardín a la entrada rodeado de exuberantes y azuladas hortensias, una vivienda bonita y discreta, una más entre las demás, y como la mayoría de las que pertenecían a familias de pescadores, orientada en su parte posterior hacia la entrada del puerto. Así, a través de esas ventanas, podían ver la entrada y salida de los barcos, además del estado de la mar cada día.

Como si el tiempo se hubiese detenido, allí estábamos, sentadas en la cocina, y aunque era otro lugar, otro tiempo, otra cocina, nuestras manos se encontraron nuevamente sobre la mesa y pude ver el brillo de aquellos ojos hermosos que habían superado el dolor conteniendo lágrimas, iluminándose al hablar de sus dos hijos y el recuerdo permanente del hombre que no pudo envejecer con ella.

Habíamos cenado los tres juntos, por supuesto en la cocina y fue el terminar, cuando Adelina dijo que quería mostrarme algo, ante la sonrisa cómplice de Nicolás. Se incorporó con dificultad y con mi ayuda, para llevarme hacia la puerta de su dormitorio que estaba en la planta baja, (no podía ya subir y bajar escaleras a diario).

Al abrir la puerta pude ver una amplia habitación, una mesa escritorio a la izquierda con una silla baja con almohadones y un generoso armario. Pero mi sorpresa fue mayúscula al darme cuenta que, a la derecha de la cama, una enorme estantería repleta de libros ocupaba toda la pared y pude reconocer ejemplares que yo había conseguido o comprado años atrás, para Nicolás. Allí estaban colocados y ordenados, además de otros muchos que yo no había aportado.

Tras la muerte de Antón, ella convirtió las innumerables y eternas noches en vela, en noches de lectura con los ejemplares destinados a Nicolás, y poco a poco lo que empezó como un consuelo anestésico, se convirtió en una pasión por leer, saber y aprender, pasión que con tenacidad de madre supo transmitir a sus hijos. Y la lectura y todo lo que aquellos libros la habían aportado, fue lo que le dio la fuerza y la decisión para abandonar la vida en las montañas y regresar a su origen, a su casa, al mar.

Me dio tantas veces las gracias al decirme lo importante que había sido mi ayuda en su vida y en su propia educación y la de sus hijos, que me sentí avergonzada, porque más de una vez, me había sentido nadie a su lado, nadie frente a quien es capaz de sobreponerse a la desgracia y crear de la nada, una nueva vida plena y feliz para los suyos.

Nuestra despedida fue alegre, aquel fin de semana había llegado Martín, un joven educado, de gestos suaves como su madre, pero de mirada firme y físico fuerte como su hermano, supe que era un buen estudiante ya en fin de carrera relacionada con los

barcos y la navegación, cómo no. Creo que permanecerá para siempre en mi memoria la imagen de la madre flanqueada por sus dos orgullosos y amados hijos en el puerto, a pocos metros del costado de estribor del pesquero de la familia, listo para una próxima marea en Gran Sol.

La dejé sentada en el mismo sitio del puerto, en el muro opuesto al faro, después de no sé cuántos besos abrazos y lágrimas. Hoy el viento soplaba algo más fuerte y se escuchaba el oleaje romper en el muro, aunque sin sobrepasarlo. Pasaría allí el resto de la tarde hasta que volviera Nicolás a recogerla.

Ulises había regresado a Ítaca, estaba en casa.